

Uno de los objetivos del volumen de información que la sociedad genera consiste en definir indicadores que permitan evaluar comportamientos. Dicha información es de tipo numérico, originada en la medición. La metodología e instrumentación empleados para medir se ha beneficiado de los constantes desarrollos tecnológicos que aseguran métricas veraces. Por lo tanto, los indicadores deberían ser confiables como instrumentos de evaluación ¿o no? Bueno, sí y no. Por ejemplo, el peso y la talla corporal de una persona pueden medirse con precisión. Con estos datos numéricos es posible estimar el índice de masa corporal (IMC). El cálculo es sencillo, solamente se divide el peso en kilogramos sobre la estatura al cuadrado en metros. Expertos opinan que el índice debería estar entre 18.5 y 29.9; estar fuera de este intervalo no es saludable. Es obvio que el IMC proveniente de una simple división de dos métricas que pueden ser precisas, sin embargo, no debe ser interpretado como una verdad absoluta. La relación que los expertos le otorgan al IMC con la salud, por ejemplo, se ha generado al estudiar en muestras de poblaciones de personas, información relacionada con la frecuencia a enfermar, el tipo de enfermedades y los años de vida. La confianza que puede darse a esta relación depende, entonces, de cuán representativas y diversas las muestras estudiadas han sido y qué factores se han incluido en la relación con la salud, para poder generalizarla a toda la humanidad.

Es frecuente, también, que los indicadores se empleen para clasificar a una cantidad elevada de elementos similares. Por ejemplo, en años recientes se han publicado estudios que clasifican a las universidades y que permiten ordenarlas de acuerdo a una puntuación. En este caso ¿cuáles indicadores confiables se han empleado para lograr

clasificaciones que fuesen aceptables por parte de la academia?

Previo a mostrar un ejemplo es pertinente indicar que la enseñanza universitaria en el mundo actual, por supuesto el aprendizaje incluido, posee tendencias que buscan la especialización del saber, debido principalmente a la elevada cantidad de conocimiento generado por la investigación. Se tiene como premisa, entonces, que el volumen de investigación desarrollado por catedráticos, profesores, investigadores y estudiantes está íntimamente relacionado con la calidad del aprendizaje y el prestigio de la institución, los indicadores bibliométricos más empleados intentan cuantificar y calificar el impacto que ha logrado dicho trabajo de investigación.

Se encuentra formando parte de las varias instituciones que realizan la clasificación anterior, SCImago (<http://www.scimagojr.com>) la cual publica anualmente un informe de la clasificación de las universidades en Iberoamérica (así como otro a nivel mundial). En su elaboración SCImago emplea como fuente de información a Scopus (propiedad de la empresa editorial Elsevier) la cual, según ellos: *se configura como la mayor base de datos del mundo de literatura científica, compuesta principalmente por revistas académicas y actas de congreso. Las revistas incluidas se ajustan a las normas de calidad académicas, específicamente al sistema peer review (de revisión por pares).* Los indicadores que emplea son los siguientes: a) el número total de documentos publicados en revistas académicas indizadas en Scopus, b) el porcentaje de la producción de la institución publicada en colaboración con instituciones de fuera del país, c) el impacto normalizado de los artículos de acuerdo con las

citas recibidas, d) el porcentaje de documentos que publica una institución en las revistas con más influencia del mundo, aquéllas ubicadas en el primer cuartil (25%) de categoría según la ordenación derivada del indicador SCImago Journal Rank, e) el índice de especialización, el cual indica el grado de concentración o dispersión temática de la producción científica de una institución, f) el cociente de excelencia, el cual indica la cantidad (en %) de producción científica de una institución que se ha incluido en el grupo del 10% de trabajos más citados de su campo científico, g) el liderazgo, definido como la producción de una institución en la que ésta es el *principal contribuidor*, esto es, el número de trabajos en los que el *corresponding author* pertenece a la institución, y h) la excelencia con liderazgo que indica en cuántos documentos incluidos en el cociente de excelencia anterior la institución fue el *principal contribuidor*.

¿Se confía en la información con la que se estimaron los indicadores? ¿Se acepta la premisa de la relación de estos indicadores, ahora que ya se han descrito, con la calidad del aprendizaje y el prestigio de la institución?

El debate se encuentra abierto, aunque la mayoría de universidades en el mundo lo hayan aceptado y buscan con verdadero ahínco escalar puestos, dado que el prestigio atrae estudiantes e inversiones.

Editor